MUSEO DE LOS NIÑOS.

Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que con la vejez venga el tiempo de la alicion, y se lleguen aquellos años en que dirás: Ya no me agrada.

LIB. DEL ECLES. CAP. V. 1.

Merendaron, pues, como decíamos al concluir el número anterior, y el día y la merienda concluyeron casi al mismo tiempo: con este motivo pensaron en retirarse antes que cerrara la noche. Iban delante, si no nos engañó el que nos contó esta his-

toria, Enrique y Fernando corriendo y jugando, como es de suponer, con el Valiente; tras ellos venia Adelaida llevando de la mano á Carlitos, á quien á duras penas podia contener: tan grande era el deseo que tenia de ir corriendo con sus hermanos; detrás venia Herman dando el brazo á Casilda; y la criada, con un canastillo en la cabeza y un botijo debajo del brazo, cerraba la comitiva. Con este mismo orden fueron llegando á casa, en donde, tan pronto como descansaron, pidieron Enrique y Adelaida á su papá, les dijese qué

lección era aquella tan interesante del perro, de que les iba á hablar en el campo, cuando se presentó la mamá. Complacido Herman al ver que sus hijos anhelaban sus instrucciones, les hizo tomar asiento, y principió diciéndoles de esta manera.

He dicho en el campo, y os repito ahora, que el Valiente, con haberse situado junto á Enrique, os ha dado una lección que no puede menos de seros de la mayor importancia. ¿Por qué os parece que ha obrado de este modo el Valiente?

Toma, dijo entonces Fernan-

do, porque Enrique es siempre el que le da de comer.

Y nos regaña, añadió Carlitos, si cuando jugamos le maltratamos é incomodamos demasiado.

Ved, continuó Herman, cómo el perro os ha enseñado con el ejemplo á conocer y amar al que os da de comer, os colma de bendiciones, y os liberta de mil contratiempos que facilmente os pudieran sobrevenir.

Yo bien conozco y amo, dijo entonces Enrique, á mamá que me da de comer, y á vos, papá mio, que todas las noches me dais vuestra bendicion.

Y yo tambien, exclamó Adelaída.

Y todos, concluyó secamente Fernando.

No pudo menos de sonreirse Herman al ver la sencillez de sus hijos, y tomando de nuevo la palabra, no es esto, hijos míos, les dijo, lo que os he querido decir, ni somos vuestra mamá y yo los que os damos de comer. Decidme si no, ¿qué os daríamos nosotros de comer si antes los campos no nos ofreciesen los alimentos en abundancia? Dios es el que á todos nos alimenta y sustenta; por él producen los

campos el trigo, los garbanzos, el vino, el aceite, y toda clase de frutos que sirven para alimentarnos y regalarnos; él mantiene á las aves y demás animales con que nos saboreamos; él da de comer á las abejas, que producen la rica miel que tanto os gusta; él hace nazca de la tierra el precioso lino que empleamos para vestirnos; él puebla los montes de gruesas encinas, cuyas ramas quemamos en el invierno para que no tengais tanto frio; él viste de hojas los árboles para que podais pasear y jugar á la sombra en el verano; ¿y qué haríais

sin capotes mientras duran los intensos frios de los últimos y primeros meses del año? ¿Podríaís en aquella cruda estacion salir de casa sin el abrigo que ellos os proporcionan?

Verdad es, papá, dijo Enrique; ¿qué no hubiera yo dado por tener el mio aquella tarde que fuimos á ver al Señor Cura, y comenzó á nevar cuando estábamos á mitad del camino?

Pues Dios es quien viste de lana á las ovejas y corde-ros, para que con ella se hagan las telas y ropas de abrigo; Dios es quien hace lucir

el sol sobre nuestras cabezas, y quien retira de noche su luz, para que nuestra vista no se fatigue, y podamos entregarnos mejor al reposo; en una palabra, Dios es el supremo Hacedor de todas las cosas, y el árbitro dispensador de todos los favores y beneficios. Ved por qué se os acusaria con razon de la mas fea ingratitud si echáseis en olvido tanta largueza y liberalidad, y no le manifestáseis por cuantos medios estan á vuestro alcance vuestra sumision y reconocimiento. Y si no decidme, ¿qué es lo que todos á una voz

dijísteis cuando os refirió el Sr. Cura el mal comportamiento de Eduardo?

Que era un monstruo, respondió Enrique; y con razon, porque sabíamos que, abandonado de sus padres, le habia recogido el Sr. Cura, y habia llenado con él todos los oficios de un verdadero padre. ¿Cuántas veces no nos hablaba V. de eso, elogiándonos la caridad de nuestro párroco?

Y qué os parece, continuó Herman, los beneficios con que el Sr. Cura distinguió á este malaventurado muchacho, son com-

parables con los que Dios dispensa diariamente á todo el género humano? Seguramente que no; por eso los hombres que no conocen á Dios, son verdaderos monstruos de ingratitude, son criaturas detestables, y merecen justamente el menosprecio de los hombres en esta vida, y los terribles castigos que les esperan en la otra.

Papá, dijo entonces Adelaida, yo me acuerdo que dias pasados, cuando yo estaba haciendo labor en el gabinete de mamá y vos leíais en aquel libro tan bonito, dijisteis que era im-

posible desconocer á Dios, y que nadie habia que no le conociese.

Celebro, hija mia, que tengas tan buena memoria, y que el tiempo que se emplea en leer á tu presencia no sea tiempo perdido. Verdaderamente que la existencia de Dios como Criador de todas las cosas, no puede menos de conocerla aun el hombre de mas cortos alcances, si observa con atencion el vasto cuadro que presenta la naturaleza, y el grandioso espectáculo que ofrece el universo. En efecto: ¿quién al contemplar la hermosura de la luz, la estension del firmamento,

la inmensidad de los mares, la formación de las plantas, la organización de un insecto, podrá menos de conocer que interviene en todo esto una suprema inteligencia? ¿Quién, al contemplar esos enormes globos que, derramando copiosamente luz, giran sobre nuestras cabezas, podrá menos de echar de ver una mano infinitamente habil é inteligente, de quien sean todos ellos hechura, y que arregle sus movimientos con tanto orden y concierto? ¿Cómo no conocer en todas estas maravillas la existencia del Criador? Tú, Ade-

laida, que te precias de habil y amaestrada para hacer flores de mano, ¿serías capaz de hacer una flor como las del jardin, una espiga como las del campo?

Yo no sabia hacer, respondió Adelaida, sino imitarlas en la figura y color, y nada mas; á esto se reduce todo el arte de la florista.

Pues bien, continuó Herman, si la florista, por mas hábil que sea en el ejercicio de su profesion, no es capaz de hacer una flor, una espiga, una cualquiera de las yerbas y plantas del campo, quanto menos un

insecto, es menester convenir en que toda la ciencia é industria de los hombres no basta para producir los fenómenos tan varios, tan repetidos y multiplicados que nos presenta la naturaleza: por consiguiente, ó estos fenómenos son efecto de la casualidad, ó de alguna otra causa superior cuyo poder esceda y aventaje en mucho al poder de los hombres. Y qué te parece, Enrique, ¿podrá ser el mundo obra de la casualidad? Es decir, ¿será posible que la formación del sol, de la luna y estrellas, la reproducción de las plantas, la

Biblioteca Nacional de España

maravillosa organizacion de los insectos, todo esto suceda asi porque casualmente partículas de materias se hayan reunido y congregado de la manera conveniente para producir efectos tan prodigiosos?

A mí, papá, respondió Enrique, me parece que no, pero tampoco sabré asegurarlo.

Atiende, prosiguió el padre; si te encontraras un libro bien encuadernado, ¿podrias persuadirte que todo él, asi en cuanto á su composicion como en cuanto á su compaginacion, era efecto de la casualidad, sin que impresor

ni encuadernador hubieran trabajado para formarle? ¿Fuera posible que por casualidad las letras todas se colocasen unas tras otras de modo que formasen palabras, las palabras de modo que formasen sentido en páginas enteras, y las páginas de modo que siguiesen el orden de la rigurosa numeracion?

De ningun modo, papá, respondió Enrique, ni yo pudiera persuadirme de tal cosa, aunque el mundo entero se empeñara en hacérmelo creer así.

¿Y qué? ¿Crees tú, hijo mio, que es menor el orden, concier-

to y mútua correspondencia que reina entre las diferentes partes del universo, que el que hay entre las letras que forman una palabra, entre las palabras que forman una página, y entre las páginas que componen un libro entero? Pues bien, si jamás pudieras llegar á persuadirte que un libro sea la obra del acaso, y deje de tener su causa en la mano de algun hombre, ¿vacilarás en asegurar que el mundo no puede ser obra del acaso?

Ahora ya no, papá, eso es ya para mí una verdad de las mas claras y evidentes; asi como tam-

bien lo es la existencia del Criador, puesto que ni la casualidad ni el poder de los hombres han podido producir el universo.

Esto es lo que decia el libro que yo leí, y que me parece era de San Agustin. Pero cuando yo he ponderado la ingratitud de los que desconocen á Dios, he hablado de los que conociéndole, como no puede menos de conocerle todo el que tenga cabal uso de razon, asi viven como si no le conociesen, sin amarle, sin obedecer sus mandamientos, y sin hacer jamás ningun acto exterior que manifieste su agradecimiento.

Esos hacen, dijo Enrique, lo que hice yo cuando iba á misa dias pasados, que encontré en el camino á la Sra. Blasa, la muger del Boticario, y temiendo que me detuviese mucho tiempo, como tiene de costumbre, bajé la cabeza, y pasé como si no la hubiese conocido.

Mientras esto decia Enrique Herman echó de ver que Carlitos dormia profundamente, que Fernando tenia sueño y Adelaida ganas de dormir. Esto le hizo suspender la instruccion y enviar á todos á la cama, puesto que de cenar ninguno de ellos tenia gana.

Entraron, como era regular, á besar la mano á la mamá, y esta, al verlos tan soñolientos, temió se acostasen sin cumplir debidamente con los deberes de cristiano: á fin pues de quitarles la soñolencia, les ofreció contarles un cuento, cosa de que todos cuatro gustaban mucho. Ellos que tal oyeron, no necesitaron mas para quedar tan despabilados como pudieran estarlo á mitad de la mañana. Casilda, logrado ya su objeto, les hubiera enviado á dormir de muy buena gana, pero por cumplir lo prometido comenzó á contarles el cuento siguiente.

ELISA

6

EL SUBTERRANEO EN EL BOSQUE.

Habia no lejos de *Neustreliz*, en Alemania, un sombrío y espeso bosque, y á su entrada un castillo antiguo, obra, según se decía, de la mas remota antigüedad. Habitábale un anciano respetable, con su muger y una hija de 14 años. Era esta niña hermosísima, pero de tan mala condición, que á pesar de tanta

hermosura era de todos mal quista y menospreciada. Sus padres la educaban con el mayor esmero, como que en ella fundaban sus esperanzas. La proporcionaban toda clase de juegos y diversiones, por ver si con los halagos lograban moderar su genio y corregir sus imperfecciones. Elisa, este era el nombre de la muchacha, lejos de corresponder á tanta demostracion de cariño con el debido respeto y benevolencia, era cada dia mas insolente no menos con sus padres que con los criados que la servian. Llegaron ya los padres á descon-

fiar de corregir por medios suaves y ordinarios la indocilidad de su hija, y resolvieron tomar un partido que, aunque duro, les pareció podía servir para corregir los muchos defectos de su hija. Se resolvieron á alejarla por algun tiempo de su compañía, entregándola á una maestra cuyo genio fuerte la hiciese conocer cuánto valen las correcciones suaves y amorosas de los padres. *Hija*, la dijeron un dia, *tú has despreciado todos nuestros consejos y te has burlado de nuestras correcciones; ya no nos es posible tenerte en nuestra*

compañía. Si los bienes que poseemos te han inspirado tanta altivez, desde ahora ya no cuentas con nuestra herencia: no tendrás quien te sirva, aprenderás un oficio, y con él proveerás á tu subsistencia. Mañana tan pronto como amanezca te llevará Alverique (este era un criado antiguo) á casa de una costurera de Neustreliz, para que te enseñe las labores de su sexo. Nosotros partimos en este momento, y jamás llegarás á saber el punto de nuestra residencia. Concluidas estas palabras subieron á un coche cargado de

maletas y varios efectos; los criados les siguieron, sin que en el castillo quedasen otros que el conserge y Alverique. Apesadumbrada y melancólica Elisa, no osó desplegar sus labios para sondear el ánimo del conserge. Por fin se resolvió á implorar su proteccion; pero fue en vano, pues éste la contesta que ignora cuál sea la intencion de su señor, y que, aunque la supiera, jamás sería para contrariarla. Alverique es el único iniciado de todos los secretos; casualmente el criado que mas ha tenido que sufrir de la señorita

Elisa. Escusado sería deciros cuál sería la incertidumbre en que esta muchacha pasó todo el tiempo que medió entre la partida de sus padres y las 10 de la mañana siguiente, hora en que se presentó Alverique cumpliendo las órdenes que le habia dejado su Señor, y la dijo: *Señorita, vamos.* —¿Adonde? pregunto Elisa. —Ya lo sabreis. Pidió y suplicó Elisa á Alverique le dijese adonde habian ido sus padres. A sus ruegos se mostró inexorable el criado, y se limitó á decirla con sequedad que se preparase para ir á casa

de la maestra, segun ya le habian manifestado sus padres. No os referiré, hijos mios, por no contristar vuestro sensible corazon, las lágrimas y afliccion de Elisa al oir estas últimas palabras de Alverique. Conoció que las palabras de su padre no habian sido en esta ocasion, como en otras tantas, puras amenazas. No hubo remedio, fue menester partir con Alverique, y partir á pie. Atravesaremos, dijo el criado, á pie el bosque, y luego tomaremos la diligencia. No bien habian atravesado la tercera parte del bosque, cuando el cielo, cu-

bierto de espesas nubes, anunciaba una espantosa tempestad. Poco tiempo despues la lluvia caia á torrentes, los rayos despedazaban los árboles, y el estrepitoso ruido del trueno aterraba los oidos de nuestros viajeros.

Mamá, qué miedo pasaria Elisa, dijo Adelaida.

Pues todavia, continuó la madre, no has oido lo mejor: ve oyendo. Alverique, mas sereno que la muchacha, buscó algun asilo donde pudiesen ponerse á cubierto de la inundacion. Una caverna angosta en su entrada fue lo primero que se les presentó. El

caso verdaderamente era apurado, y no habia tiempo para reflexionar; así fue que entró en ella precipitadamente, llevando de la mano á su medio muerta compañera. La inundacion crecia por momentos, y el agua se extendia por la caverna; y huyendo de ella los infortunados viajeros, se internaron de modo que se hallaron en un largo subterráneo, adonde por estar algo mas elevado el agua no podia llegar. El pálido reflejo que entraba por algunas quiebras de los peñascos era toda la luz que alumbraba aquella escondida mansion.

A poco rato el ruido cesó, y esto hizo creer á Elisa que la tempestad habria pasado. Con esta esperanza se apresuraron á salir del subterráneo, pero el agua se habia quedado estancada en la parte mas honda de la caverna, y les imposibilitaba la salida. Viérais entonces á Elisa sobreco-gida de temor. Lloró, pataleó, y al parecer detestó sus faltas que la habian colocado en tan apurada situacion.

Alverique procuraba tranquilizarla, pero él mismo se hallaba angustiado, al considerar cuán facilmente pudiera suceder

que las aguas no se secasen en mucho tiempo, y pudiesen de necesidad en aquel obscuro subterráneo. Un descubrimiento mitigó algun tanto la pena de Elisa y Alverique en tan deplorable situacion. Registrando todos los rincones del subterráneo con la esperanza de hallar alguna otra salida al campo, encontraron un sitio algo mas claro que lo restante de la cueva; allí echaron de ver que la pared estaba ennegrecida, como si en el mismo sitio se hubiera encendido lumbre en alguna otra ocasion. Con esto, y con algun otro

vestigio que descubrieron, comenzaron á sospechar que aquella parte del subterráneo habia estado habitada en algun tiempo.

Al llegar aquí, conociendo Casilda era ya hora de que los niños se acostasen, suspendió su narracion, ofreciendo continuarla al dia siguiente: los niños se retiraron con grandes deseos de saber el final de esta interesante historia, y prometiendo á su mamá rezar, antes de acostarse, lo que tenian de costumbre.